

## LIBERTAD Y ACEPTACIÓN

### LA CONQUISTA DE LA LIBERTAD

La noción de libertad puede considerarse un lugar de encuentro privilegiado entre la cultura moderna y el cristianismo. De hecho, este último se presenta como un mensaje de libertad y liberación. Para convencerse de ello, basta con abrir el Nuevo Testamento, donde los términos «libre», «libertad» y «liberar» se utilizan con frecuencia: *La verdad os hará libres*, dice Jesús en el Evangelio de San Juan<sup>1</sup>; y San Pablo afirma: *Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad*<sup>2</sup>; y en otro momento: *Con esta libertad nos liberó Cristo*<sup>3</sup>. Santiago llama a la ley cristiana la *Ley de la libertad*<sup>4</sup>. Queda, pues, por descubrir cuál es la verdadera naturaleza de esa libertad e intentar comprenderla.

Por lo que concierne a la cultura moderna, desde hace algunos siglos ésta ha estado marcada —como cualquiera puede constatar de modo evidente— por un poderoso anhelo de libertad. Sin embargo, somos testigos de cómo la noción de libertad se ha cargado de ambigüedad y ha conducido a errores motivo de terribles alienaciones y causa de la muerte de millones de personas. Por desgracia, el siglo XX es buen ejemplo de ello. Sin embargo, el deseo de libertad continúa manifestándose en todos los campos: social, político, económico o psicológico. Seguramente se habla tanto de él porque, a pesar de todos los «progresos» realizados, sigue siendo un deseo insatisfecho...

En el plano moral, da la impresión de que el único valor que todavía suscita cierta unanimidad en este inicio del tercer milenio es el de la libertad. Todo el mundo está más o menos de acuerdo en que el respeto a la libertad de los demás constituye un principio ético fundamental: algo más teórico que real (el liberalismo occidental es, a su manera, cada vez más totalitario). Quizá no se trate más que de una manifestación de ese egocentrismo endémico al que ha llegado el hombre moderno, para quien el respeto de la libertad de cada uno constituye menos el reconocimiento de una exigencia ética que una reivindicación individual: ¡que nadie se permita impedirme que haga lo que quiera!

#### ***Libertad y felicidad***

No obstante, hay que señalar que esta poderosa aspiración de libertad en el hombre contemporáneo, aun cuando contenga buena parte de engaño y a veces se lleve a cabo por caminos erróneos, siempre conserva algo de recto y noble.

Nadie ha sido hecho para llevar una vida apagada, estrecha o constreñida a un espacio reducido, sino para vivir «a sus anchas». Por el simple hecho de haber sido creado a imagen de Dios, los espacios limitados le resultan insoportables y guarda en su interior una necesidad irreprimible de absoluto e infinito. Ahí reside su grandeza y, en ocasiones, su desgracia.

Por otro lado, el ser humano manifiesta tan gran ansia de libertad porque su aspiración fundamental es la aspiración a la felicidad, y porque comprende que no existe felicidad sin amor, ni amor sin libertad: y así es exactamente. El hombre ha sido creado por amor y para amar, y sólo puede hallar la felicidad amando y siendo amado. Como dice Santa Catalina de Siena<sup>5</sup>, el hombre no sabría vivir sin amor. El problema es que a veces ama al revés; se ama egoístamente a sí mismo y termina sintiéndose frustrado, porque sólo un amor auténtico es capaz de colmarlo.

Si es cierto que sólo el amor puede colmarlo, también lo es que no existe amor sin libertad: un amor que proceda de la coacción, del interés o de la simple satisfacción de una necesidad no merece ser llamado amor. El amor no se cobra ni se compra. El verdadero amor, y por lo tanto

<sup>1</sup> Jn. 8, 32.

<sup>2</sup> 2 Co 3, 17.

<sup>3</sup> Gal 5, 1.

<sup>4</sup> Sant 2, 12.

<sup>5</sup> «El alma no puede vivir sin amor; necesita siempre algo que amar, pues está hecha de amor y por amor la creé» Diálogo, BAC, cap. 51.

el amor dichoso, sólo existe entre personas que disponen libremente de ellas mismas para entregarse al otro.

Así es como se entiende la extraordinaria importancia de la libertad, que proporciona su valor al amor; y el amor constituye la condición para la felicidad. Es sin duda la intuición — incluso vaga— de esta verdad la que hace al hombre estimar la libertad, y nadie puede convencerlo de lo contrario.

### ***La libertad: ¿reivindicación de autonomía o reconocimiento de dependencia?***

Si —como ya hemos comentado— la libertad parece constituir un dominio común del cristianismo y la cultura moderna, quizá es también el punto en el que discrepan de forma más radical. Para el hombre moderno ser libre a menudo significa poder desembarazarse de toda atadura y autoridad: «Ni Dios ni amo». En el cristianismo, por el contrario, la libertad sólo se puede hallar mediante la sumisión a Dios, esa *obediencia de la fe* de que habla San Pablo<sup>6</sup>. La auténtica libertad es menos una conquista del hombre que un don gratuito de Dios, un fruto del Espíritu Santo recibido en la medida en que nos situemos en una amorosa dependencia frente a nuestro Creador y Salvador. Es aquí donde se pone más plenamente de manifiesto la paradoja evangélica: *Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará*<sup>7</sup>. O, dicho de otro modo: quien quiera a toda costa preservar y defender la libertad la perderá; pero quien acepte «perderla» devolviéndola confiadamente a las manos de Dios, la salvará. Le será restituida infinitamente más hermosa y profunda, como un regalo maravilloso de la ternura divina. Más adelante veremos cómo nuestra libertad es proporcional al amor y a la confianza filial que nos unen a nuestro Padre del cielo.

Para alentarnos contamos con el ejemplo vivo de los santos, que se han entregado a Dios sin reservas, no deseando hacer más que Su voluntad, y que en recompensa han ido recibiendo progresivamente el sentimiento de gozar de una inmensa libertad que nada en este mundo puede arrebatarnos, y en consecuencia una intensa felicidad.

### ***¿Libertad exterior o interior?***

Otro error fundamental relativo a la noción de libertad es considerar esta última como una realidad exterior dependiente de las circunstancias, y no una realidad ante todo interior<sup>8</sup>. En este terreno, como en tantos otros, revivimos el drama experimentado por San Agustín: «Tú estabas dentro de mí y yo fuera. Y fuera te andaba buscando»<sup>9</sup>.

Nos explicaremos. Con mucha frecuencia tenemos la impresión de que lo que limita nuestra libertad son las circunstancias que nos rodean: las normas impuestas por la sociedad, las obligaciones de todo tipo que los demás hacen recaer sobre nosotros, tal o cual limitación que disminuye nuestras posibilidades físicas, nuestra salud, etc. Por lo tanto, para hallar nuestra libertad sería preciso eliminar todas estas ataduras y obstáculos. Cuando nos sentimos prácticamente «asfixiados» por las circunstancias que nos rodean, nos volvemos en contra de las instituciones o de las personas que son aparentemente su causa. ¡Cuánto resentimiento hemos alimentado en nuestra vida contra todo lo que no es de nuestro agrado y nos impide ser lo libres que desearíamos!

Este modo de ver las cosas encierra cierta parte de verdad: a veces hay limitaciones que es preciso remediar, barreras que hay que salvar para conquistar la libertad. Pero contiene

---

<sup>6</sup> Rom 1, 5.

<sup>7</sup> Mt 16, 25.

<sup>8</sup> Existe algo muy obvio, pero que nos cuesta mucho comprender: y es que, cuanto más dependa nuestra sensación de libertad de las circunstancias externas, mayor será la evidencia de que todavía no somos verdaderamente libres.

<sup>9</sup> San Agustín, Confesiones, BAC, libro X, p. 344.

también buena parte de engaño que deberíamos desenmascarar, so pena de no gustar jamás de la verdadera libertad. Incluso aunque desapareciera de nuestras vidas todo cuanto creemos que se opone a nuestra libertad, no existiría garantía de acabar consiguiendo esa plena libertad a la que aspiramos. Cuando superamos unos límites, siempre aparecen otros detrás. De ahí el riesgo —en caso de detenerse en la situación descrita— de encontrarse inmerso en un proceso sin fin, en una permanente insatisfacción. Nunca dejaremos de tropezar con obstáculos dolorosos. De algunos de ellos podremos librarnos, pero sólo para toparnos con otros más firmes: las leyes de la física, los límites de la naturaleza humana o los de la vida en sociedad...

### **¿Liberación o suicidio?**

El deseo de libertad que habita en el corazón del hombre contemporáneo a menudo se traduce en un intento desesperado de traspasar los límites dentro de los cuales se siente como encerrado. Siempre queremos ir más lejos, más deprisa; queremos aumentar nuestro poder de transformar la realidad. Y esto es así en todos los aspectos de la existencia. Pensamos que encontraremos la libertad intentando llegar más allá de nuestras posibilidades. No contentos con practicar el alpinismo «normal», nos lanzamos al alpinismo «de riesgo», hasta el día en que vamos demasiado lejos y la emocionante aventura se ve truncada por una caída mortal. ¡Cuántos jóvenes desaparecidos por el exceso de velocidad o por sobredosis de heroína!; ¡por un anhelo de libertad que no ha sabido hallar el auténtico modo de hacerse realidad! ¿No se convierte entonces en un sueño al que vale más renunciar a cambio de una vida apagada y mediocre? ¡Claro que no! Pero es necesario descubrir dentro de uno mismo y en la intimidad con Dios la libertad verdadera.

### ***La libertad interior: libertad de creer, de esperar, de amar***

La idea que me gustaría desarrollar ahora es la siguiente: la verdadera libertad, esa libertad soberana del creyente, consiste en que éste, en cualquier circunstancia y gracias a la asistencia del Espíritu Santo, que *«ayuda nuestra debilidad»*<sup>10</sup>, cuenta con la posibilidad de creer, de esperar y de amar. Nadie se lo podrá impedir jamás. *«Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro»*<sup>11</sup>. Nadie en el mundo podrá prohibirme jamás que crea en Dios, que ponga en Él toda mi confianza, que le ame a Él y al prójimo con todo el corazón. La fe, la esperanza y la caridad son plenamente libres, porque si están sólidamente enraizadas en nosotros, poseen la facultad de alimentarse incluso de lo que se opone a ellas. Si mediante la persecución quieren impedirme que ame, siempre me queda la posibilidad de perdonar a mis enemigos y de transformar la opresión en un amor más grande. Si quieren ahogar mi fe quitándome la vida, mi muerte se convertirá en la más bella profesión de fe que se pueda concebir. El amor, sólo él, es capaz de vencer el mal con el bien, de obtener un bien del mal.

El crecimiento en la fe, la esperanza y la caridad es la única vía de acceso a la libertad.

### ***El acto de libertad: ¿elegir o aceptar?***

A causa de la errónea visión de la libertad a que aludíamos antes, a menudo se considera que el único ejercicio de libertad auténtico consiste en elegir de entre diferentes posibilidades la que más nos conviene; de forma que, cuanto mayor sea el abanico de posibilidades, más libres seremos. La medida de nuestra libertad sería proporcional a la cantidad de opciones posibles.

---

<sup>10</sup> Rom 8, 26.

<sup>11</sup> Rom 8, 38-39.

Sin embargo, y de un modo inconsciente, esta noción de libertad, que enseguida incurre en contradicción y conduce a un callejón sin salida, se halla muy presente. En todas las circunstancias de nuestra vida nos gustaría contar con la «facultad de elegir». Elegir el lugar de vacaciones, la profesión, el nombre de nuestros hijos y, dentro de poco, ¿su sexo y el color de sus ojos? Soñamos con la vida como si ésta fuese un inmenso supermercado en el que cada estante despliega un amplio surtido de posibilidades del que poder tomar, a placer y sin coacción, lo que nos gusta, y dejar lo demás...

Que el uso de nuestra libertad con frecuencia nos conduce a optar entre distintas posibilidades es un hecho cierto... y, además, un hecho bueno. Pero pecaríamos de falta de realismo si lo contempláramos sólo desde este ángulo. En nuestra vida hay multitud de aspectos fundamentales que no elegimos: nuestro sexo, nuestros padres, el color de los ojos, el carácter o nuestra lengua materna. Y los elementos de nuestra existencia que sí elegimos son de una importancia bastante menor que los que no escogemos.

De hecho, si en la etapa de la adolescencia la vida se presenta ante nosotros como un gran abanico de posibilidades entre las que elegir, no podemos dejar de admitir que, con los años, el abanico se va cerrando... Son muchas las elecciones que hacer y, una vez hechas, las posibilidades restantes se reducen de manera proporcional. Casarse implica escoger a una mujer, con lo cual quedan excluidas todas las demás. (Entre paréntesis, nos podríamos preguntar si uno elige verdaderamente la mujer con la que se casa; lo más habitual es casarse con la mujer de la que has caído rendidamente enamorado y, como la expresión «caer rendidamente» indica, no se trata precisamente de una elección).

Hablando en broma, se me ocurre pensar que la opción del celibato por el Reino de Dios y la del matrimonio cristiano están al fin y al cabo muy próximas, ya que si el célibe elige renunciar a todas las mujeres, el que se casa renuncia a todas menos a una, de modo que la diferencia numérica no es precisamente aplastante.

Cuanto más años vamos cumpliendo, menos son nuestras posibilidades de elegir: *En verdad, en verdad te digo: cuando eras más joven, tú mismo te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando hayas envejecido, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras*<sup>16</sup>. ¿Qué queda entonces de nuestra libertad si nuestra visión de ella es la «de supermercado» descrita hace un momento?

Este falso concepto de libertad conlleva graves repercusiones sobre el comportamiento de los jóvenes de hoy en día. Es muy significativa su actitud frente al matrimonio o a cualquier otro tipo de compromiso: las elecciones definitivas se retrasan, porque todas ellas se contemplan como una pérdida de libertad. Consecuencia: no se atreven a tomar decisiones, ¡con lo cual no viven! Y es la vida misma la que decide por ellos, porque el tiempo sigue pasando inexorablemente...

Extraído de “La Libertad Interior”. Jacques Philippe. 12ª edición. PATMOS Libros de Espiritualidad. Ediciones RIALP, S.A. Madrid. 2009.

### **Pistas para la reflexión...**

- ¿Veo mi libertad como un acto de elección?
- ¿La toma de decisiones importantes, que llevan al compromiso, me supone una pérdida de libertad?
- ¿Siento que mi vocación es realmente una llamada de Dios o es una simple elección?
- ¿En qué momento soy consciente que Dios está detrás de mis elecciones y es además una opción libre?